

J. AUBRY

La Santidad Salesiana: Santidad Apostólica

De una conferencia realizada durante el C. G. 21

Traducción: P. Salvador Galant

1978

EDICIONES DON BOSCO - ARGENTINA

I. EL EJE CRISTICO Y EVANGELICO DE LA VIDA ESPIRITUAL DEL SALESIANO

Vuestra devoción salesiana os ha impulsado a querer celebrar juntos la fiesta de Don Bosco; y creo que desde 1929, fecha de la beatificación, es la primera vez en la historia que los miembros de un Capítulo General celebran juntos la fiesta del Fundador. Esta celebración debe, entonces, tener un significado profundo: reunidos en torno de su padre santo, los hijos y los discípulos recuerdan que también ellos han sido llamados a la santidad.

“Vocación salesiana, vocación a la santidad”: esta afirmación está también corroborada por la larga lista de los miembros de la Familia salesiana ya glorificados o encaminados a la gloria de la canonización, como os lo recuerda el conjunto de tarjetas que os han obsequiado los Cooperadores. Don Bosco, con claridad y sin titubear, recordaba a menudo a sus Salesianos y a sus jóvenes la vocación a la santidad, como lo comprueba, por ejemplo, el caso de Domingo Savio.

Henos pues, conducidos a reflexionar un momento sobre la santidad salesiana, sobre el tipo de santidad cristiana incluido en nuestra vocación. También aquí, vayamos directamente al *mismo Don Bosco*. El ideal de la santidad salesiana me parece que ha sido formulado por él en una de esas frases incisivas que han acudido a su pluma en el momento histórico en que escribía el *primer proyecto de las Constituciones*. La fórmula que brota espontánea y sin correcciones de un pensador o escritor a menudo es la mejor. Tengo en mis manos una fotocopia del primer esbozo de las Constituciones, del año 1858, anterior todavía a la fundación de nuestra sociedad. Está escrito por la mano del clérigo Rúa, con

bellísima escritura, y corregido después por la mano del mismo Don Bosco. (Archivo 022,1). Después de cinco paginitas de introducción histórica sobre el origen de la Sociedad salesiana, aparecen los artículos constitucionales. *Capítulo 1: "Fin de esta Congregación"*. *Art. 1º*, justamente el que nos interesa, en el que de golpe, Don Bosco delinea la figura del salesiano santo: "*El fin de esta congregación es el de reunir juntos a sus miembros... para que se perfeccionen a sí mismos imitando las virtudes de nuestro Divino Salvador, especialmente la caridad hacia los jóvenes pobres*".

Art. 2º: "Jesucristo comenzó a hacer y a enseñar, así los congregados comenzarán a perfeccionarse a sí mismos con la práctica de las virtudes internas y externas, etcétera". (pp. 5-6)

Son fórmulas muy características, en las que inmediatamente se ponen de relieve los elementos de nuestra vocación, y donde en seguida se traza una perspectiva, una línea directriz, un eje: *cuatro elementos* que se organizan espontáneamente en una dirección: 1) juntos, en comunidad, 2) para ser santos, 3) mirando a Cristo Salvador, 4) y más precisamente a la caridad de Cristo para los jóvenes pobres.

Hago notar inmediatamente, la *concordancia* que existe entre estas primeras fórmulas de Don Bosco y algunos artículos fundamentales de *nuestras Constituciones*. *Art. 2: "Nosotros salesianos formamos una comunidad de bautizados que... intentan realizar el proyecto del Fundador: ser con estilo salesiano signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres. En el cumplimiento de esta misión, siguiendo a Cristo, encontramos el camino de nuestra santidad"*. *Art. 40: "El centro del espíritu salesiano es la caridad pastoral, caracterizada por el dinamismo juvenil..."*. *Art. 41: "Esta caridad encuentra su modelo (pasado) y su fuente (actual) en el corazón mismo de Cristo, apóstol del Padre, consumido por el celo de su casa"*; después se indican cinco rasgos de la figura del Salvador a los que somos particularmente sensibles.

Nuestra espiritualidad es clara y profundamente *crística y evangélica*: y me parece que este aspecto fundamental no ha sido puesto suficientemente de relieve en el pasado. Y esto está ya contenido en el famoso sueño de los 9 años: Don Bosco guiado por María, no ha hecho otra cosa que mirar a Cristo buen pastor, trabajando con él para su grey, e inspirándose en su método de dulzura y sacrificio. La vida espiritual de los "Salesianos" tiene, por tanto, como elemento fundamental: la *adhesión viva a Cristo* resucitado

para participar de su caridad de buen pastor en bien de los jóvenes pobres a la gloria del Padre.

Por esto, en el centro de la espiritualidad y santidad salesianas encontramos estas tres realidades:

— *el Evangelio* de Cristo, que debe ser estudiado y meditado, para saber encontrar en él el modelo de la caridad pastoral;

— *el Corazón* de Cristo en el que hay que entrar para dar con la fuente de esta caridad pastoral (siempre me ha impresionado el hecho providencial de que la última cosa que Don Bosco hizo en su vida, su última obra, fue la de construir en Roma una basílica dedicada al Corazón de Cristo, como para significar que toda su vida y toda su obra juvenil se explicaba como una manifestación, como una efusión de la caridad de Cristo salvador);

— por último, *la Eucaristía* de Cristo, donde el corazón y toda la persona de Cristo es encontrado como víctima salvadora y como alimento que nutre continuamente la caridad pastoral.

II. ALGUNAS COMPONENTES DEL “SENTIDO APOSTOLICO CRISTICO” DEL SALESIANO

Intentemos ahora, profundizar un poco nuestra reflexión. En suma, el salesiano sigue esta invitación de San Pablo a los Filipenses: “Tened vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (2,7). ¿Qué sentimientos de manera especial? Los de su alma de Hijo “apóstol del Padre” sobre todo en favor de los pequeños, como lo recuerda el art. 41 de nuestras Constituciones. ¡No tengo la intención de estudiarlos todos aquí frente a vosotros! Elijo solamente algunos, quizá más útiles para nosotros: algunas componentes de este “sentido apostólico” profundo que permite al Salesiano actuar como un auténtico misionero “en el espíritu de Cristo”, y no como un simple filántropo (aunque sea generoso), ni como un activista. Elijo *tres aspectos* de la caridad pastoral de Cristo a los que el Salesiano está invitado a participar, con matices salesianos:

1. Su plena adhesión de Hijo al proyecto salvador del Padre;
2. su humildad y su celo en el servicio concreto de este proyecto;
3. la renuncia total a sí mismo hasta la cruz.

1. El vivo sentido del proyecto salvador de Dios Padre en Cristo

El primer polo de la misión es Dios mismo. En la base de todo espíritu apostólico está el "descubrimiento" lleno de admiración y de adoración del Agapé de Dios Padre, que se expresa en el proyecto de salvación universal: este "misterio escondido desde siglos y al fin manifestado", delante del cual San Pablo doblaba las rodillas, absorto de alegría (Ef. 3, 5-16). El apostolado es un trabajo profundamente diverso de los otros tipos de trabajo humano. *No nace de la iniciativa, aún la más generosa, de un hombre o de un grupo de hombres.* Supera infinitamente a toda empresa humana. Se trata de la gran empresa de Dios creador y salvador, que en su Hijo conduce los hombres y la historia a su prodigioso cumplimiento. Se trata de la inmensa viña del Padre, de su mies "abundante", para la cual llama operarios a toda hora. Se trata de su Reino definitivo que hay que apresurar... Y en todo caso se trata de su Amor gratuito, impetuoso, universal, que obra incansablemente en el mundo y se difunde como un fuego secreto irresistible (cf. Lc. 12, 49). El que no parte de esta perspectiva no podrá situarse bien como apóstol: no sabrá que su papel se limita a "*incluirse*" *humildemente en este inmenso trabajo divino* de la salvación al cual ha sido "llamado".

En la base del espíritu apostólico salesiano se encuentra este descubrimiento pero con matices especiales. *Don Bosco ha sido un hombre que ha creído fuertemente en la redención, no solamente en la redención realizada globalmente dos mil años hace, por la pascua de Cristo, sino también en la redención progresivamente en acto a través de todos los siglos y también hoy: "el mismo Cristo ayer, hoy y siempre"* (Heb 13, 8). El Salesiano también: su mirada traspasa la superficie de las cosas. Está profundamente convencido que Cristo resucitado es el Personaje más activo y más decisivo de todos los momentos de la historia: el Dios que no debemos ir a buscar en no sé que país desconocido o en la estratosfera, sino solamente *descubrirlo* junto a nosotros, porque Él mismo "viene" y "habla" y está en medio de nosotros, aún cuando no lo sepamos: con su Espíritu actúa a través de los acontecimientos, por medio de su Iglesia, en el fondo de toda conciencia humana (cf. Vat. II, GS, 38). Con santa ansiedad, el Salesiano intenta adivinar esta presencia misteriosamente obstinada, de reconocer los signos, de individualizar los lugares privilegiados y las diversas manifestaciones. Maravillado y gozoso, descubre a Dios actuante en un corazón acogedor, en un grupo abierto, en un suceso común y corriente y quizá inesperado; y se preocupa entonces de interpretar bien el sentido de esta acción divina, para *ser el ser-*

vidor y el cooperador visible. Y más particularmente, está convencido que Dios habla secretamente a cada joven y lo invita premurosamente al diálogo de la alianza, en este momento decisivo de su historia personal.

De hecho, una expresión típica del Agapé del Padre es el de llamar a todo joven, aún al más pobre, al más olvidado, a la sublime vocación de hijo de Dios. Pero no basta la llamada interior. En régimen de encarnación se necesita también la llamada exterior, audible: *“¿Cómo podrán creer en el Señor sin haber oído hablar de Él? Y ¿cómo podrán oír hablar de Él sin uno que lo anuncie?”* (Rm 10, 14). *El Salesiano sabe que ha sido elegido justamente para ser un instrumento de esta presencia activa de Dios en la historia.* Se acerca a cada joven diciéndole en el secreto de su corazón: *“¡Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te habla a través de mí! ¡Si tú pudieras beber de esta agua que llegará a ser en tí fuente que brota hasta la vida eterna!”* (Cfr. Jn 4, 10-14)

De ese Agapé pues, el Salesiano es llamado gratuitamente a llegar a ser *“signo y portador”* en favor de los jóvenes. En la Iglesia, *“signo e instrumento de la íntima unión con Dios”, “sacramento universal de salvación”.* (LG I; 48 b)

Los miembros de la Familia salesiana contribuyen, con una modesta parte a su misión fundamental, en particular en favor de los jóvenes. *Ser para ellos un sacramento vivo del amor del Padre, transparentar el amor de Cristo* que se sacrificó hasta la cruz: misión tremenda, en verdad. ¡Debería asustar al salesiano, si no supiese que “el amor de Dios mismo es derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado!” (Rm 5, 5). La vida “espiritual” del salesiano consiste en dejar que este Amor divino llene su corazón, para poderlo difundir en los jóvenes. *Así amó Don Bosco*, dando a los jóvenes de Valdocco la impresión casi tangible que, a través de él, eran invadidos por un Amor extraordinariamente nuevo, poderoso y transformante.

Podemos presentar en este punto el *vivísimo testimonio de Don Albera*, que había entrado en Valdocco en el 1858, a los trece años de edad: *“Don Bosco nos amaba de una manera única, peculiar suya... Yo sentía que era amado de una manera que nunca había experimentado anteriormente, que nada tenía que ver con el vivísimo amor que me prodigaban mis inolvidables padres. El amor de Don Bosco por nosotros era algo muy superior a cualquier otro afecto. Era su amor lo que nos atraía, conquistaba y transformaba nuestro corazón... Y no podía ser de otra manera,*

porque de todos sus actos y palabras fluía la santidad de la unión con Dios, que es caridad perfecta. Nos atraía así por la plenitud del amor sobrenatural que abrasaba su corazón... Eramos suyos, porque en cada uno de nosotros alentaba la certeza de que él era un hombre de Dios, en el sentido más expresivo y comprensivo de la palabra... En su santidad estaba todo el secreto de aquella atracción que conquistaba para siempre y transformaba los corazones... Su sistema preventivo no era otra cosa que la caridad, es decir el amor de Dios que se dilata hasta abrasar a todas las creaturas humanas, especialmente las más jóvenes e inexpertas". (Carta circ., 18 de octubre de 1921 sobre Don Bosco nuestro modelo).

No conozco otro texto de nuestra tradición que una, con más claridad y convicción, la santidad personal del Salesiano con el sentido mismo de su vocación original y con su actividad de pastor educador, y de testigo.

Lo importante para la vida espiritual del salesiano es, por tanto, que esté convencido de ser *siempre* "apóstol" de Cristo, siempre "signo y portador de su amor a los jóvenes, sobre todo a los más pobres". Cualquiera sea su servicio concreto, enseñar mecánica o literatura, animar una velada cultural o catequizar, dirigir un grupo de estudios sociales y de apostolado, confesar, o dár de comer al que tiene hambre, el Salesiano cumple siempre estas funciones por *haber sido mandado por Cristo* a estos jóvenes, animado de *Su* caridad pastoral. No temamos decirlo: a través de este Salesiano, es Cristo pastor quien hoy enseña, educa, ama, es decir, libera. Y desde un punto de vista complementario, a través de estas mismas funciones, el Salesiano se pone al servicio de la presencia misteriosa de Cristo en los necesitados: "Tuve hambre (de pan, de afecto, de cultura...) y me dísteis de comer. Tenía sed (de estima, de verdadera libertad, de aire puro) y me dísteis de beber". Presencia de Cristo rico y salvador en el Salesiano. Y presencia de Cristo pobre para salvarlo en los pobres. Todo el problema radica en que el Salesiano haya adquirido la justa perspectiva de *fe* sobre su propia vocación, y haya *unificado* su conciencia de servidor de Cristo.

2. **Un segundo aspecto de la espiritualidad apostólica del Salesiano: el vivo sentido de ser instrumento inútil y eficaz = humildad y celo**

Ubicado de esta manera en Cristo, entre el Padre cuyo proyecto salvador sirve, y los jóvenes pobres a los cuales quiere transmitir la salvación, el Salesiano es invitado a mantener en la pro-

pia conciencia un sentido vivo de su condición de *servidor*. En efecto, es un servidor en situación muy especial que debe hacer coincidir en sí mismo dos actitudes al parecer contradictorias, que corresponden a dos palabras del Señor a sus discípulos:

— por una parte: *“Cuando hayáis hecho todo aquello que os ha sido ordenado decid: Somos siervos inútiles”*, (Lc 17, 10)

— por otra parte: *“Os he constituido para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca”* (Jn 15, 16), y el siervo recibe una felicitación como *“bueno y fiel”* cuando se presenta al patrón diciendo: *“He aquí que ha ganado otros cinco talentos”*. (Mt 25, 20-21)

Siervo inútil

El sentido apostólico implica una actitud muy difícil para el hombre moderno, preocupado por la eficiencia y orgulloso de una eficacia que sea fruto del propio esfuerzo: exige un *humildad radical*. De hecho, el trabajo misionero consiste en una fidelidad. El efecto del trabajo misionero es *fidelidad* a una misión *recibida*: es un recibir, antes de ser un dar y un hacer. Es un *dar acceso* a la fuerza *divina* de salvación que llega sin interrupción del Padre por el Hijo y en el Espíritu Santo. Cristo resucitado es el único enviado por el Padre, en el que todos los demás son mandados: *“No os hagáis llamar rabbí, ni maestro, porque uno solo es vuestro Maestro, Cristo”*. (Mt 23, 8-10)

Humildad, por tanto, del servidor que sabe que no es en ningún modo, iniciador ni propietario del Reino de Dios, ni de la misión recibida, sino que está en situación de dependencia total y permanente del único Apóstol y del Dueño de la viña. San Pablo,, llamado “el Apóstol”, se definía a sí mismo, no simplemente como “apóstol”, sino como *“apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios”*, *“Pablo, siervo de Jesucristo, por medio del cual ha recibido la gracia del apostolado entre los paganos, para gloria de su nombre”* (Rm 1, 1-5). De la misma manera, el Salesiano debería definirse siempre a sí mismo como *“siervo de Cristo Jesús, su diácono, su ministro entre los jóvenes, ejerciendo el sagrado oficio del evangelio de Dios a fin de que los jóvenes lleguen a ser grata oblación, santificada por el Espíritu Santo”*. (Cf. Rm 15, 16)

Desde tres puntos de vista hace experiencia de su dependencia de siervo consagrado al servicio divino:

— *Es un “misionero” de Cristo*: Dios Cristo, a través de las mediaciones legítimas y válidas de la Iglesia y de la Institución

Salesiana, lo recibe y lo *envía* a tales destinatarios, para tal tipo de “ministerio”. No puede enviarse a sí mismo. Su trabajo es obediencia, disponibilidad. Obra siempre en nombre de Aquél que lo ha enviado y no en nombre propio. “*No nos predicamos a nosotros mismos, sino al Señor Cristo Jesús; en cuanto a nosotros, somos vuestros servidores por amor de Jesús*”. (2 Cor 4, 5)

— *Es un colaborador del Espíritu Santo*: Dios Espíritu es quien obra misteriosamente el proyecto del Padre, quien conduce secretamente las cosas, *sostiene* en todo momento la acción del misionero, y obra en el corazón de aquellos que escuchan su palabra: todo depende de su gracia. “*Pero, ¿quién es Apolo? ¿Quién es Pablo? Ministros... Yo planté, Apolo regó, pero es Dios quien la hizo crecer... Somos en verdad, colaboradores de Dios*” (1 Cor 3, 5-9). “*Secundar la acción de la gracia en las almas, tratando de alcanzarlas y salvarlas*”, así definía Don Bosco su obra en una carta al abad de la Gran Chartreuse. (Epist IV 397)

— *Es un “liturgo” del Padre*: Dios Padre atrae todo a Sí. El misionero de Cristo conducido por el Espíritu trabaja para el Padre, para que sea santificado su nombre, para que venga su Reino: ¡a Él todo honor y toda gloria! “*Buscar las almas y servir solamente a Dios!*” A toda su vida apostólica el Salesiano le confiere “*un impulso filial y sacerdotal: llega a ser liturgia para sola gloria del Padre*” (Const. 70). Don Bosco ha vivido a fondo este sentido de servicio y esta espiritualidad de servidor, convencido de no ser otra cosa que un instrumento gratuitamente elegido, claramente enviado, copiosamente enriquecido de dotes, continuamente sostenido por la gracia divina, destinado a no trabajar nunca para sí mismo, sino por la sola gloria del Dueño de la mies. Nunca se lanzó a una iniciativa, antes de estar seguro de que era voluntad de Dios. (Cf MB 7, 48-49)

En síntesis, el discípulo de Don Bosco que rehúsa ser, en su trabajo apostólico, tanto maestro dominador como esclavo humillado, opta por ser un *libre*, un *humilde*, un *feliz servidor de Dios*. Trabaja con todas sus fuerzas, pero deja el resultado concreto a la decisión del Padre, sin vana curiosidad y sin angustia. Conviene hacer notar que esta actitud espiritual es justamente la que recomienda en primer lugar a los ministros sacerdotes el Vaticano II, en el decreto PO 15. Todo apóstol verdadero debe obrar como una persona “*carismática*”, preocupada de no hacer obra propia, sino de “*renovar siempre la atención al Espíritu*” para estar disponible y ser dócil (Const. 48). Es la “*pasividad*” del místico de la acción.

Siervo eficaz

Sin embargo, el ejemplo de Don Bosco hace comprender que, justamente sobre esta base del desinterés, el apóstol salesiano sabe que es un siervo efectivamente útil, a quien Cristo toma en serio, pidiéndole que ponga por obra todas sus energías para contribuir a la construcción del Reino definitivo. Entre todos los santos, Don Bosco es uno de los que más ha creído en la grandeza divina y en la utilidad real del esfuerzo apostólico.

Grandeza divina, porque es “cooperar con Dios” (este concepto de la cooperación es habitual en Don Bosco) en aquella obra divina y prodigiosa en la cual se revela el Agapé de Dios Salvador, como hemos dicho más arriba. Las fórmulas de Don Bosco son clarísimas: para él el apostolado es, sin duda, lo más grande que se puede ofrecer al esfuerzo humano. Dice en panegírico de San Felipe Neri, citando a San Gregorio Magno: “*Ningún sacrificio es tan grato a Dios como el celo por la salvación de las almas*”. Escribe a propósito de Domingo Savio: “*La primera cosa que se le aconsejó para hacerse santo fue la de trabajar para ganar almas a Dios, porque no hay cosa más santa en el mundo que cooperar al bien de las almas, por cuya salvación Cristo derramó hasta la última gota de su preciosa sangre*”. Decenas de veces ha citado el dicho atribuido a un Padre de la Iglesia: “*Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios a la salvación de las almas* (cfr Escritos Espirituales II, 41; I, 141; II, 14). La más divina, porque en el servicio apostólico se hace presente y activo el amor de Dios a través de instrumentos humanos.

En consecuencia, *eficacia real del apostolado*. Don Bosco con todas sus fuerzas creyó en el valor de las causas segundas, en la responsabilidad de todo intermediario humano, en la auténtica influencia de todo esfuerzo apostólico, pero también en los efectos terribles de toda negligencia. Él mismo fue un trabajador formidable del Reino: predicador y catequista ardiente, confesor incansable, educador de miles de jóvenes, constructor de cuatro Iglesias, escritor fecundo, participante activo en los acontecimientos de la Iglesia, fundador de tres grupos apostólicos, misionero...

Evidentemente, Don Bosco no concibe al apóstol salesiano sino “consagrado a Dios” para su servicio, entregado *plenamente* a su trabajo, hombre valiente y fogoso, de inagotable celo, “*que corre hacia adelante hasta la temeridad*” (Const 43), porque se encuentran en juego la gloria del Padre y la felicidad terrena y eterna de tantos niños y pobres. El *da mihi animas* no es solamente una

hermosa frase: es una oración que expresa la sed del Reino y la conciencia de su urgencia inmediata. Equivale a la oración: “¡Señor, concédeme que pueda trabajar por Ti!”

Don Bosco ha fustigado la pereza y el desgano y ha recomendado el trabajo apostólico con una insistencia extraordinaria, hasta los últimos días de su vida. En las últimas horas, semi-conciente, repetía todavía: “¡Animo! ¡Adelante! ¡Siempre adelante!” (en Escritos Espirituales II, 306).

El apóstol salesiano está llamado a desarrollar en sí mismo todas las virtudes del hombre de acción, pero en el contexto de un servicio desinteresado del Reino. Y justamente por eso, nutre especialmente en sí la esperanza del auxilio de Dios, la confianza y el optimismo respecto a los resultados de la acción, el rechazo del temor y del desánimo aún en las peores dificultades: trabaja para una causa anticipadamente ganada: “No se turbe vuestro corazón. Tened fe... Tendréis tribulaciones en el mundo, pero tened confianza, yo he vencido al mundo”. (Jn 14, 1; 16, 33)

3. Un tercer aspecto de la santidad apostólica del Salesiano: el sentido correlativo de la renuncia y de la ascesis apostólica

Dice muy bien el art. 42 de nuestras Constituciones, hablando del “*celo inagotable*” del salesiano: “El trabajo apostólico es su *mística* porque percibe la grandeza divina y la urgencia de la acción; y es su *ascética* porque acepta sus duras exigencias. Está dispuesto a soportar el calor y el frío, la sed y el hambre, las fatigas y el desprecio siempre que se trate de la gloria de Dios y la salvación de las almas”. Así queda situada en su puesto exacto la ascesis salesiana. Don Bosco nunca predicó la mortificación por sí misma. Prohibió siempre las penitencias aflictivas. Pero ha exigido de sus discípulos la terrible renuncia *incluida* en el amor auténtico, *en la disponibilidad de servir bien* a Dios y al prójimo.

De esta manera la ascesis salesiana alcanza su justo significado *pascual* el que está expresado en las sentencias bien conocidas: “*Da mihi animas, coetera tolle*”, “*¡Trabajo y templanza!*” Es decir: “¡Señor, trabajando por las almas, no me queda tiempo para pensar en otra cosa!” y “El trabajo apostólico es una cosa muy seria; no tengo comodidad para otros intereses, que de por sí pueden ser válidos y estoy, por lo tanto, dispuesto a sacrificarlos”. Estas expresiones, con elementos juntos de a dos, aplican

a la experiencia salesiana el misterio de la Vida y de la Muerte del Redentor, de la muerte aceptada como condición de la vida. Y así se explica por qué la ascesis entre nosotros, no aparece en primer plano: está incluida en el dinamismo de la acción. Y si aparece, se presenta con rostro sonriente: las famosas rosas del sueño de la glorietta bajo las cuales se escondían largas espinas que ensangrientan los pies de los misioneros. (MB 3, 32-35)

La renuncia en la vida salesiana es terriblemente real y se presenta bajo *diversos aspectos*. El *más radical* es el que he expuesto anteriormente hablando de la "humildad del servidor inútil": rechazo de creerse y de comportarse como dueño de la misión, aceptación de no ser otra cosa que siervo perpetuamente dependiente, rechazo de confiar excesivamente en medios humanos, abandono de los resultados al misterioso querer del Padre, humilde perseverancia a través de las contradicciones y las pruebas...

Renuncia también para quedar enteramente disponible para el gran trabajo del Reino. Por tanto, rechazo de las comodidades y del bienestar, punto sobre el cual Don Bosco insistió tanto. "*Vigilancia, para no ceder poco a poco al deseo del bienestar y de la comodidad, que constituyen una amenaza directa a la fidelidad y generosidad apostólicas*" (Const 83), rechazo de todo aquello que, aún siendo bueno en sí, puede obstaculizar, sobrecargar, impedir la libertad del corazón y de los brazos. Y aquí se inserta la aceptación de una práctica leal de la *obediencia*, de la *castidad* y de la *pobreza*. La profesión de los consejos evangélicos para el salesiano, encuentra su justo significado a la luz de la entrega misionera (cf Vat II, PO 15-17), y se presenta bajo dos aspectos convergentes: positivamente, él ofrece y consagra a Dios, en función de un servicio total a favor de los jóvenes, su libertad y su iniciativa, su capacidad de amar y de engendrar, sus haberes y adquisiciones; negativamente, acepta el sacrificio del uso más común de sus fuerzas y de su autonomía, de amor y de posesión (y solamente los inconscientes dirán que tal sacrificio cuenta poco). La profesión de los consejos evangélicos "*es liberadora... liberándonos de cuanto podría ser un impedimento, hace solícita nuestra caridad pastoral: el salesiano verdaderamente casto, pobre y obediente está dispuesto a amar a quienes el Señor le manda, sobre todo jóvenes pobres*". (Const 69 y 71)

Por fin, renuncia en el ejercicio concreto del trabajo apostólico: amor realista en la entrega cotidiana, preocupaciones, fatigas físicas y morales, rechazo de la búsqueda de la propia satisfacción y gloria, lucha contra el "mundo" y contra los opositores del Reino, "*expiación generosa que completa lo que falta a los*

sufrimientos de Cristo" (Col 1, 24; Const 62), en favor de las almas de los jóvenes... Y más todavía, aceptación de los riesgos del servicio a los pobres, respeto y paciencia frente a la lentitud en el ritmo de los destinatarios, esfuerzo continuo y extenuante para permanecer en contacto con la realidad que se desenvuelve y crece, y aceptación valiente de los cambios necesarios... El apóstol salesiano puede retomar, en verdad, las palabras de San Pablo: "*En nosotros trabaja la muerte, pero en vosotros la vida*". (2 Cor 4, 12)

Pero quizá, hay todavía otra renuncia, que me parece la más hermosa: rechazar el deseo de mostrar que se ha renunciado, dejar de quejarse del propio tiempo y de los hombres, la voluntad de estar entre aquellos a quienes Dios ama (y con él los hombres y sobre todo los jóvenes, porque dan con alegría. (2 Cor 9, 7)

La experiencia pronto demuestra que la caridad pastoral salesiana incluye una terrible exigencia de conversión, es decir de formación y de preparación al ejercicio del apostolado: nadie está directamente preparado para emprender "la más divina de las cosas divinas".

CONCLUSION

En forma de conclusión, creo poder afirmar que una vida apostólica orientada según las líneas aquí expuestas, conduce al salesiano a la unidad y a la alegría.

Impresiona en Don Bosco la "*espléndida armonía entre naturaleza y gracia*" los dos aspectos del hombre y del hombre de Dios, "*fusionadas en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes*" (así se expresa el art. 49 de nuestras Constituciones). En efecto, Don Bosco es una de las personalidades históricas que han realizado estupendamente su *unificación y unidad* interior y exterior, y el medio de esa unificación ha sido la fidelidad a la vocación recibida y la orientación de todas las fuerzas morales y espirituales en el sentido de la caridad pastoral del "da mihi animas". En Don Bosco no se encuentran dudas, incertidumbres, conflictos interiores, vacilaciones; por el contrario, hallamos la lógica de un proyecto que con el tiempo se clarifica más aún, la seguridad tranquila del hombre obediente al proyecto de Dios sobre él, la rapidez en el juicio y en las decisiones, la tenacidad y la audacia en las realizaciones. En el plano

afectivo se verifica la misma unidad: la concordancia entre la vida consciente y la inconsciente es visible en el fenómeno de los sueños, poblados de sus preocupaciones apostólicas más profundas. Verdaderamente la caridad pastoral dinámica ha unido y estructurado en una admirable armonía todas las tendencias, aspiraciones y fuerzas de aquel hombre santo: Don Bosco.

Y la razón por la cual estalla en su vida *la alegría*, signo de un proyecto realizado, de una acción que lleva consigo la prueba de su maravillosa utilidad: conducir tantos jóvenes a su felicidad de hombres y de hijos de Dios. ¡Cuántos hombres y quizá cuántos religiosos también, sufren hoy por sentirse interiormente tironeados y deshechos! El ejemplo de Don Bosco nos ofrece una lección de gran valor: el esfuerzo santificante del Salesiano, es decir, la práctica valiente de la caridad pastoral dinámica, unifica su persona, fecunda su obrar, colma de alegría su corazón. Por poco que mantenga viva su visión de fe, comprende cuán hermoso y válido es el servicio total de Dios en servicio de los jóvenes. (Cf Pablo VI, EN 80)

En esta perspectiva, *la misma muerte aparece bella y triunfante*. Uno de los textos más reveladores de Don Bosco es la frase con la que termina la larga serie de sus últimas recomendaciones en el "*Testamento espiritual*": da a la santidad salesiana una resonancia pascual: "*Cuando suceda que un salesiano sucumba y cese de vivir trabajando por las almas, entonces diréis que nuestra Congregación ha conseguido un gran triunfo, y sobre ella descenderán copiosas las bendiciones del Cielo*" (en Escritos Espirituales II, 293).

INDICE

I. EL EJE CRISTICO Y EVANGELICO DE LA VIDA ESPIRITUAL DEL SALESIANO	3
II. ALGUNAS COMPONENTES DEL "SENTIDO APOSTOLICO CRISTICO" DEL SALESIANO	5
1. El vivo sentido del proyecto salvador de Dios Padre en Cristo	6
2. Un segundo aspecto de la espiritualidad apostólica del Salesiano: el vivo sentido de ser instrumento inútil y eficaz = humildad y celo	8
3. Un tercer aspecto de la santidad apostólica del Salesiano: el sentido correlativo de la renuncia y de la ascesis apostólica	12
CONCLUSION	14